

Tristán e Isolda

Puesto que debo contar una historia a la gente que aquí puede verse reunida –y cuyo ruego me mueve a cumplirlo prestamente lo mejor que pueda–, desearía saber si entre el público hay alguien que prefiera prescindir de tales relatos, pues en tal caso tendré que buscarme consuelo por su presencia. Aunque no se les preste atención, esos oyentes muestran enseguida su actitud aviesa, tan contagiosa que, al cabo de poco, terminan siendo más de unos cuantos los que empiezan a hartarse. Pero la debilidad de sus corazones no les aprovechará para nada, y a la fuerza tendrán que mantener alejada de nosotros su falta de gratitud. Esa postura suya es una mezquindad que debe ser reprendida y sería justo que pagaran por ella. A todos estos oyentes los emplazo a abandonar por un rato su ruin comportamiento y a mesurarse en todo lo que en ellos es mudable. Quien estorba los relatos que son agradables de escuchar y que pueden resultar provechosos y útiles a las buenas personas tiene el entendimiento retrasado como el de un niño. Si aceptáis permanecer callados, yo os contaré –y mi deseo es proclamar aquí la pura verdad sin engaño alguno, tal y como la encontré en el libro– cómo el noble Tristán llegó a este mundo, cuál fue su fin y todas las proezas que llevó a cabo, de qué modo culminó todo lo que en vida emprendió, cómo este prudente héroe conquistó a doña Isolda y cómo ella murió por él; él murió por ella y ella por él. Ahora prestad atención a este relato. Escuchad bien, pues voy a contaros una historia de alegrías y lamentos como jamás fue oída otra igual por hombre alguno, sobre asuntos mundanos, sobre valentía y sobre amor. Tanto mayor debe ser por eso vuestra atención.

Reinaba una vez en Cornualles un rey llamado Marc que estaba en guerra violenta contra un noble soberano del que se dice que dominaba Irlanda. El rey Marc deseaba obtener ayuda y por esta razón mandó embajadas a diversos países cercanos, de modo que muchos caballeros aguerridos acudieron solícitos en su ayuda, pues el otro soberano, en su arrogancia, ya le había atacado a menudo atravesando el mar con un poderoso ejército y con sus aliados, causándole grandes daños.

De esto se enteró un rey magnífico que acudió también con sus huestes a Tintaniol; se llamaba Rivalín y su tierra llevaba el nombre de Leonís. Oyó decir Rivalín que el rey Marc había sufrido pérdidas por doquier, de modo que se encaminó hacia allá y le sirvió con su tropa como si fuera su vasallo. Pero esto sólo lo hizo porque quería obtener por esposa a la hermana del monarca. Por las proezas que realizó, consiguió yacer con ella, y la hermosa dama cobró tal amor por el rey que, cuando terminó la guerra, huyó con él. Su nombre era Blancaflor. La mujer había quedado encinta antes de iniciar el viaje, y, cuando se hubieron embarcado en el mar, sufrió tales dolores debido al embarazo que murió. Entonces le abrieron el vientre y le sacaron a su niño. El rey lo llevó a su tierra, donde le pusieron el nombre de Tristán.

Tras la muerte de la señora, se profirieron grandes llantos y se hicieron muestras de tristeza. Llevaron a tierra su cuerpo y le dieron sepultura acompañada de lamentos desconsolados. Y Rivalín, ¿acaso podría haber sentido mayor pena? Retorcía sus manos llorando amargamente y lo mismo hacían todos los que estaban con él, que rodeaban el féretro gritando y sollozando; bien demostraban que habían amado a la señora. Cuando hubieron terminado las exequias, el rey Rivalín confió su querido niño a una nodriza, quien cuidó de él y lo crió hasta el día en que supo montar a caballo. Sin más demora, el rey Rivalín puso entonces al niño bajo la tutela de un escudero llamado Curneval, quien supo educarlo bien en todas las cosas de la corte, como también le enseñó a tañer el arpa y otros instrumentos de cuerda. Nunca antes o después recibió niño alguno una formación mejor. No olvidó instruirlo en nada que contribuyera a su fama y a su buen nombre. Pero, además, le dejaba jugar a menudo con otros niños, lo adiestró en usar hábilmente brazos y piernas, en tirar piedras, en correr y saltar, en luchar astutamente y en arrojar la lanza con fuerza y con acierto. Lo

instruyó también en ser generoso, cabalgar con el escudo como un guerrero y en asestar golpes de espada en combate. Por último, el escudero le inculcó hablar con propiedad y no romper jamás la palabra dada a alguien. Le explicó que, si cometía la necedad de convertirse en un mentiroso, todo el mundo lo despreciaría; le ordenó ser fiel, renovar siempre sus virtudes y comportarse cortésmente, con prudencia y corrección. Le mandó servir a las damas alegre y solícitamente, empeñando en ello su vida y sus bienes. Le dijo también:

–Esfuézate en mostrar siempre la debida corrección –y añadió que, cuando estuviera entre la gente, guardara en su corazón lo mejor de lo que escuchara. Le transmitió gran sabiduría y le hizo odiar toda maldad. ¿Para qué extenderse? Lo educó en la virtud y en la fama, pues él mismo era de los que prefieren realizar dos acciones buenas antes que una mala, tanto si le aprovechaba como si le traía inconvenientes. Disciplinó al niño para que hiciera lo mismo y, efectivamente, en poco tiempo éste evitaba toda villanía, pues se aplicaba mucho en seguir las indicaciones de su maestro.

Curneval se encargó del niño hasta el día en que fue apto para los esfuerzos y capaz de soportar sufrimiento e incomodidades. Entonces habló al muchacho:

–Noble señor, ruega a tu padre que te permita viajar a tierras extrañas. Ya conoces bien las tuyas, que de buena voluntad están a tu servicio; ahora conviene que no dejes de descubrir otros países.

El hermoso joven fue de inmediato ante su padre a pedirselo de forma muy comedida.

–Padre querido –dijo–, permíteme marcharme; no me conviene esperar más. Quiero conocer tierras extrañas, pues no sabe de mí mucha más gente de la que hay en tu corte, que toda me sirve de buena voluntad. Date cuenta de lo útil que me sería: me formaría con gentes foráneas si las frecuentara tanto para asuntos serios como para diversión. No me sabrá mal tener que asumir privaciones, si a cambio puedo conocer en mi juventud cuáles son las buenas costumbres en los reinos extranjeros. Por eso, querido padre, concédeme de buena gana lo que te he pedido y ayúdame a marcharme, pues ya hace demasiado tiempo que estoy a tu lado.

Dijo entonces el rey Rivalín:

–Con mucho gusto haré lo que deseas, querido hijo mío.

Se dirigió a su administrador y le ordenó que, por el aprecio que le tenía, le proporcionara a Curneval cualquier cosa que éste le solicitara. Les entregó al servidor y al muchacho todo lo que necesitaban. Curneval seleccionó en la corte a ocho escuderos y a dos donceles de gran excelencia, a quienes ordenó viajar con el joven y que fueron completamente equipados. Cargaron una acémila con oro y plata, lo que afectó muy poco a las arcas del rey. Otra acémila trajo Curneval, cargada de ropas y de joyas de diversos tipos, pues así lo quiso y ordenó. Mandó también preparar una nave con buenas cabinas y una sólida cubierta bien cerrada con tablas. Cuando todo estuvo dispuesto, el señor Tristán y los suyos pidieron licencia a Rivalín y se embarcaron. Izaron la vela para que no los errara el viento que los había de alejar de aquella tierra. Habían ordenado construir sobre cubierta una cuadra para cobijar a los caballos, para poderlos sacar nuevamente cuando llegaran a puerto y se terminara la travesía, lo que les permitiría cabalgar por tierra firme. Así esta pequeña mesnada navegó desde Leonís, cruzando el mar, hasta llegar a Cornualles, donde no se les conocía.

Cuando los extraños comenzaron a cabalgar por tierras del rey Marc, don Tristán rogó encarecidamente a todos los suyos por igual y acordó con ellos que ninguno explicaría de qué país procedían, que no lo revelarían a nadie y que mantendrían en secreto también su linaje. Él les ordenó con insistencia que, sin importar la acusación que se les pudiera hacer, todos mantuvieran silencio acerca de sus verdaderas circunstancias.